

Azorín -José Martínez Ruiz- (1873-1967)

España (Periódico: 30-IV-1904)

LAS HORMIGAS

¿Hablamos, lector, durante un instante, de las hormigas, previsoras, activas, tenaces, laboriosas, enérgicas? Hablemos, sí, de las hormigas, grandes o chicas, lentas o rápidas, audaces o apocadas, negras o rojas, casoleras o erráticas, dominadoras o sumisas. He aquí, a nuestro fácil alcance, un tema de palpitante actualidad en todos los momentos. Las hormigas, las abejas, las arañas, son, poco más o menos, como nosotros; tienen nuestros instintos, nuestras pasiones, nuestros amores, nuestros odios, nuestras miserias, nuestras costumbres. ¿Y quién sabe, lector, si un día, allá en la infinitud de los siglos, desaparecido el hombre del planeta, estos minúsculos seres, perfeccionados en su evolución, no serán los máximos habitantes del mundo, que ellos juzgarán que ha sido hecho para su uso, y no tendrán las mismas instituciones políticas que nosotros ahora tenemos y las mismas máquinas formidables que al presente nosotros manejamos? ¿Quién sabe si nosotros mismos no somos una suerte de hormigas o de arañas caídas de otros mundos en esos misteriosos gérmenes que -según las últimas hipótesis, que rechazan que la vida sea un resultado- unos sabios llaman *cosmozoarios*, y otros sabios, más atrevidos, denominan *pirozoarios*?

Pero el día está espléndido; hablemos de las hormigas. Los árboles comienzan a espesar su follaje; un mundo de diminutos seres va naciendo a la nueva vida y desparramándose por el ambiente tibio o por la tierra tapizada de verde; son nuestros amigos los ditícidos, los arácnidos, los himenópteros. Sigamos en sus evoluciones a las hormigas; un libro acabado de publicar en la prensa francesa -*Le monde des fourmis*, por Coupin- nos va a facilitar nuestra tarea. Observemos las hormigas: una larga y espesa ringla surge de su agujero y se dirige lentamente por su camino. ¿Hacia dónde van? ¿Cuál es su objeto? ¿Cómo se orientan? ¿Cómo se levantan? La hormiga es seca, acerada, ágil y fuerte; ha sido, primero, huevo; después, larva; luego, ninfa; al cabo, hormiga. No todos los moradores de este mundo son idénticos: existen machos alados de por vida; hembras que cuentan con alas accidentales, y obreras que no tienen alas, que no pueden gozar del amor, que no pueden disponer de un momento de reposo, y sobre las cuales, sin embargo, descansa todo el peso abrumador de la ciudad. La organización social de las hormigas está al par de la nuestra: las obreras construyen las casas, abren las galerías subterráneas, trazan los caminos, cuidan de los huevos, salen cada día en busca de los mantenimientos, y cuando regresan van depositando una gota de líquido azucarado en la boca de las larvas inmóviles y aletargadas; transportan los víveres almacenados de una parte a otra de la vivienda, según la temperatura ambiente; proceden a misteriosas operaciones para que las semillas amontonadas en las cuevas no remuevan sus gérmenes... Y no sólo mantienen las hormigas entre ellas este régimen económico de obreros y mandatarios, sino que su autoritarismo llega un poco más lejos: mantienen también, brutalmente, la esclavitud. Una especie de hormigas existe -las amazonas- que ha llevado su pereza y su descuido a límites inconcebibles; a lo largo de las generaciones, poco a poco, esta sempiterna inacción

ha ido atrofiando en ellas los miembros aptos para el trabajo y para la alimentación, y ha llegado un momento en que estos seres olímpicos se han visto incapaces de mantenerse por sí mismos. ¿Qué hacer en este trance? No cabía más que un recurso: acudir a los esfuerzos ajenos para continuar viviendo en el ocio y en la dulzura. Las amazonas, de tarde en tarde, se dirigen a un hormiguero próximo; ya ellas conocen las hormigas que les convienen para esclavos -que son unas pacientes, tímidas y diminutas hormigas-, y ya tienen también ellas en cuenta que, si apresaran a sus servidores en plena madurez, formados por completo, sería harto difícil acostumbrarlos a la vida de esclavos, y que, por tanto, es preciso cogerlos en estado de ninfas. Las amazonas se encaminan hacia el hormiguero elegido; la batalla es inevitable; pero los conquistadores son fuertes y los defensores son débiles. La razón está, pues, del lado del que ataca. Las amazonas se retiran, llevando cada una su crisálida; una muchedumbre de servidores -nacidos de otras crisálidas robadas anteriormente- las recibe afectuosamente en las inmediaciones de la ciudad y les toma el preciado botín. Transcurrirán los días; las crisálidas operarán su transformación natural, y un mundo de esclavos adictos y diligentes habrá nacido y cuidará de las casas, de las comidas, de la limpieza de estos degenerados...

¿No es esto extraordinario? Todo lo es en la vida de las hormigas. Y no sólo conocen la servidumbre económica y la esclavitud; cuentan también con animales domesticados. ¿Quién no ha observado sobre los rosales los diminutos pulgones, apelonados, negros, posados en las ramas? Las hormigas se acercan a ellos. «Vosotros -dice Coupin- veréis correr, entre estos plácidos animales, a las hormigas, con las antenas sacudidas por una vibración de placer». Los pulgones son las vacas lecheras de las hormigas. Las hormigas los acarician y tornan a acariciarlos con sus antenas; los pulgones, entonces, sueltan una gota dulzona, que las hormigas absorben ávidas. No se trata de un acto involuntario e inconsciente por parte de los pulgones; un eminente naturalista -Darwin- ha acariciado e irritado a los pulgones con una suave cerda, tal como las hormigas lo hacen con sus antenas; pero los pulgones han permanecido insensibles, y el líquido sustancioso no ha sido segregado. Darwin ha quedado plenamente convencido: los pulgones son, en efecto, los animales domésticos de las hormigas. ¿Es que ellas no tienen también plena conciencia de este hecho? Desde los hormigueros trazan caminos subterráneos que conducen a los arbustos donde los pulgones habitan; a veces, alrededor de donde ellos se hallan, construyen unas diminutas cercas de barro que los tienen aprisionados; en otros casos, ellas los cogen y se los llevan a sus viviendas subterráneas, de donde los sacan de cuando en cuando para que se fortalezcan y se oreen.

¿No veis que todos estos inteligentes manejos son los mismos que nosotros usamos? Pues ¿quién pintará sus esfuerzos cotidianos por arrastrar penosamente las provisiones a la ciudad? ¿Quién podrá ponderar el ingenio de estas hormigas mejicanas, fabricadoras de miel, que ellas almacenan en el cuerpo henchido de algunas compañeras, las cuales permanecen inmóviles, como grandes zafras, que han de ser vaciadas en el invierno, pegadas a las paredes? ¿Cómo encarecer la maravillosa perseverancia de las largas peregrinaciones a través de paseos, calles, caminos, en busca de alimentos? ¿Quién creará que ellas tienen sus cementerios, donde sepultan los cadáveres, puesto que, como escribe un paciente naturalista, «en el número de las cosas que les son soberanamente desagradables a las hormigas, y cuya vista no pueden soportar, es preciso colocar en primera línea los cadáveres de sus compañeras muertas en el hormiguero»?

Todo es grande y maravilloso en lo pequeño. ¿Adónde irán a parar en su evolución inacabable las hormigas? ¿Llegarán a tener sus parlamentos, sus universidades, sus teatros y sus periódicos? ¿Nacerá entre ellas un Platón, un Dante, un Beethoven, un Velázquez o un Edison? ¿Sacarán un dogma de sus cerebros? ¿Se entrechocarán y matarán a lo largo de los siglos por un ideal, o levantarán fronteras inexpugnables, o forjarán terribles códigos? No lo sabemos; lo cierto y lo perdurable es que, como entre nosotros, hay entre ellas una casta escogida y suprema que se dispensa los placeres, y una muchedumbre de obreros condenados inexorablemente a las fatigas.